

EL ESCARAMUJO

Revista Cultural de Jabaloyas - Nº 11 - Año 2026





El Escaramujo.

Revista Cultural de Jabaloyas.

Nº 11- Julio 2026

Edita:

Asociación Cultural San Cristóbal
JABALOYAS (Teruel)

Redacción:

Raquel Cadierno Domingo

Depósito Legal:

TE- 138/2011



Queridos amigos y amigas de Jabaloyas:

Es un placer daros la bienvenida a esta nueva edición de nuestra revista cultural El Escaramujo. ¡Y ya van once!

Queremos comenzar agradeciendo sinceramente a Raquel Cadierno por su excelente trabajo y dedicación en la elaboración de esta publicación, que una vez más refleja su compromiso con nuestro pueblo.

En esta edición encontraréis varias entrevistas con vecinos de nuestro pueblo, un reportaje, información sobre plantas autóctonas, algunos pasatiempos... Y como novedad este año, nos complace anunciar que vais a poder disfrutar de los textos ganadores del primer concurso de relatos cortos celebrado este año. Los relatos participantes no pertenecen únicamente a vecinos de nuestro pueblo, sino que han sido enviados por participantes de distintos lugares, lo que enriquece aún más esta iniciativa.

Nos alegramos de que estemos otra vez todos juntos en esta nueva edición. Esperamos que paséis buenos momentos leyéndola y comentándola, quizás, con vuestros amigos o familiares. 🌸

Un saludo de la Junta de la Asociación Cultural San Cristóbal



ÍNDICE

Florencia Vizcarra	3
<i>El tiempo entre costuras.</i>	
Juan Carlos Pradas	6
<i>Pasión, raíces y ultrafondo.</i>	
José Luis Castán	9
<i>Investigando nuestra historia.</i>	
Pasatiempos	11
Santa Isabel de Aragón	12
<i>Una reina excepcional.</i>	
Plantas autóctonas	14
<i>Gordolobo.</i>	
Los tres deseos de doña Procopia	15
<i>Cuento brujeril.</i>	
¡Ay, maño! Y agradecimientos	17
Primer premio Certamen de relatos cortos	18
<i>El peso de la escarcha.</i>	
Segundo premio Certamen relatos cortos	19
<i>La procesión de las brujas.</i>	
Tercer premio Certamen relatos cortos	21
<i>El bastidor de Circe.</i>	

Florencia Vizcarra Murciano

El tiempo entre costuras

Yo soy Florencia Vizcarra Murciano, hija de Marciano el cartero de toda la vida, hasta que se jubiló. Al principio él vivía con su hermana María y mi madre de recién casada. Mis abuelos tenían bastantes ovejas y de todo. Ella cogía cardos borriqueros y collejas que salen por los trigos para comer. Y con todo eso se ve que yo salí la mar de pita. Yo nací en el 42 en la calle del Horno, en la que tenía ahora el Lito, que está en frente de los capadores, y allí me crié hasta los ocho o nueve años. Entonces era la casa de mi padre. Yo era la mayor, Cristobalina que me seguía a mí, Marcial, que lo bautizamos y se nos murió, y el otro mi hermano, que también se llamó Marcial. Mi madre cuando me tuvo a mí lo hizo en la cocina. Allí vino como matrona una señora que se llamaba Isabel (su marido era Víctor), la madre de la tía Dionisia.

Allí éramos muchos chicos: estaba Nieves, Consuelo, Benito, Pilar, que su madre trabajaba en el hospital de Teruel, que a veces se venía a la era descalza a cuidar los machos. Allí tenía también a mis primos. Tuve una niña en este aspecto buena, pero en otra, no tan buena, porque mi madre, -Felisa Sánchez-, cogió las maltas y estuvo en el hospital un mes o dos. Entonces nosotras, que éramos pequeñas, mi suegra, la tía Aurora, que era la mejor persona del mundo, nos veía pasar que llevábamos las llaves estas grandotas de la puerta de dos puertas que era la que se llevaba. Con la llave en busca de mi padre, que pensábamos que ya llegaba mi madre. A ella le llamaba la atención cómo íbamos las dos cogidas de la mano y con la llave aquella. Allí teníamos las niñas la escuela donde está ahora el bar. Antes de venir doña Petra, estaba doña Mercedes que era de Alobras, abuela de Celsa y Palmira, hermana de la tía Ángeles. Por la mañana doña Mercedes hacía todo lo que era de lectura, ciencia, Historia y de todo. Por la tarde ponían dos bancos en la calle y se ponían allí a coser, porque entonces se cosía mucho, y se bordaba.

Tendría yo ocho o nueve años cuando murió mi abuela. La recuerdo como si fuera ahora. La ponían en el suelo, le ponían una cruz y dos velas. Y yo me acuerdo que mi padre nos hizo entrar a besarla. Eso yo ahora no lo haría con mis nietas. Luego ya al morir mi abuela, partieron, y la casa le tocó a mi madre. Pero mi tío Joaquín estaba soltero, y hasta que él no se casó, nosotros no fuimos allí. Cuando ya se casó con mi tía Águeda se fue de allí, y nos cambiamos de casa. Vivíamos ahí abajo en el Trinquete, que a la derecha está la de Blas, y a la izquierda,



la nuestra. Allí hice otras amigas que siempre las tengo: Consuelo, Nieves, Erminda, Angelines, Manuela, Jorge... Nos hemos llevado en el barrio todos muy bien: lo mismo Mari Carmen, su abuela, la tía Blasa, la Flora, la Longina y Dolores, que tienen una era aquí en el rincón, al lado de Ángel. Tenían una burra en la cuadra y le ponían un brasero para que no pasara frío. Un día en febrero vinieron al bar y dijeron "¡fuego, fuego en casa Mansilla!". Entonces estos vallejos, bajaba el agua casi de continuo. Sacaron la burra a punto. La burra estaba preñada. Con los muletos (cría del macho y de la burra, las mulas no paren; el asno, es el burro) que vendían, iban pagando la carrera de Dolores. Entonces yo me acuerdo que la burra no pudo parir. Estaban intentando sacarle el muleto y no hubo manera, y murió. Entonces querían que cogieran a la burra y la echaran a un camión, pero que no la arrastraran, porque ella había pagado la carrera de su hija por la burra. No la hicieron caso. Eran buenísimas personas, trabajadoras, mucho. Se ponían guantes de goma para segar, y las criticaban por eso. ¿No pueden pensar que son



4 • El Escaramujo

unas personas que tienen las manos delicadas? Luego el recuerdo que tengo más delicado, es cuando murió mi abuelo, cuando yo me fui. El pozo lo tapó mi padre, porque se hacía hielo, y mi hermano se resbalaba y se metió por abajo, que le sacó Ángel.

-Esta agua que venía aquí, ¿de dónde venía? -pregunta Martín.

-De La Canal, de los lavaderos. Esa balsa era para hacerles a los cerdos, para lavar, fregar. Porque yo me acuerdo también de ir detrás de la era de Florentín e íbamos con los cántaros y los botijos. Cuando ya hicieron las fuentes pequeñas, se quitó. Ahí teníamos una, que aún está. Otra estaba por la esquina de Ramón. Otra en la esquina del Icona. Otra en la esquina de Fortunato. Luego ya se pusieron las aguas, y aquello ya no hacía falta, igual que antes pasaba con la balsa. Entonces llovía y nevaba mucho. En el mes de junio, ahí en el caño Domingo, en junio había aún nieve en los rincones. Y la rambla de Romediano, casi todo el año. Para ir al colegio yo me acuerdo que mi padre hacía veredas, y nos cargaba al hombro. Y había chupos del hielo, que mi padre les daba con un palo para que se cayeran.

-¿Te acuerdas del teatro?

-Se hicieron obras de teatro con mosén Hilarión- dice Martín-. Manuela cantaba la Violetera, Angelines, la de Zacarías, Teresa, Palmira, la de Cayo... y luego hicieron los hombres, Cirilo, que es cuando tenía la camioneta el tío Fidel. Y el cura estaba detrás de Cirilo, y Cirilo movía el cura los brazos, y parecían de Cirilo, y cantaba no sé cómo de la camioneta del tío Fidel. Eso lo hizo Mosén Hilarión. Un cura grande, que puso altavoces en la torre, y a todas horas música... estaba el pueblo más alegre que el copón.

-A todas ellas las enseñó a tocar la guitarra, la bandurria... entonces había gente para hacer de todo. Ahora

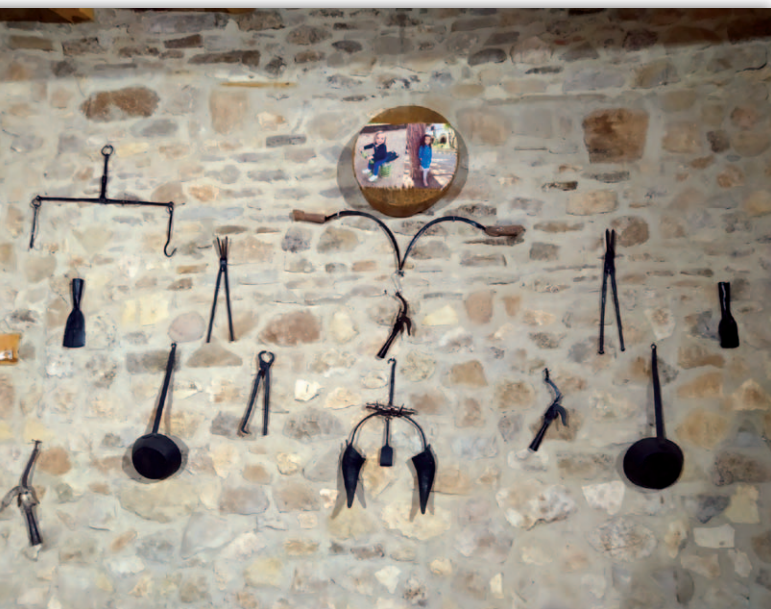
hay otras cosas que son mejores, hay que reconocer que los tiempos no van para atrás, van para mejorar, pero hay en cosas que te recuerdas de ellas y tienes como nostalgia de ellas.

-¿Cuándo te fuiste a Barcelona?

- La primera que me enseñó a coser era la Montse, porque yo no tenía ni idea de coger la aguja. Luego me bajé a Teruel con una señora que estaba sola, iba a servir y por la tarde, a aprender a coser a un taller de modistas. Era una señora que estaba a punto de jubilarse. Tenía una chica fija con ella, y a mí me tenía por las tardes. Allí cuando llegué al principio, pues sobrehílas, dobladillos... hasta que vas aprendiendo. Ella probaba, y muchas veces me daba faena para hacerla en la casa donde vivía.

-¿Cómo te enteraste de este sitio?

-A veces no se sabe ni cómo, el destino. Yo lo único que sabía era que quería coser. Estuve allí unos años. Esta mujer me pagaba doscientos cincuenta o trescientas pesetas. Luego lo que me daba la modista, y lo que yo cosía aparte, llegué a las cuatrocientas pesetas. Yo tenía el título por correspondencia. Luego Erminda me dijo "aquí en Barcelona podrías ganar mucho más, ¿por qué no te vienes aquí?" Total, que se casó una prima hermana de mi padre de Arroyofrío, y estaba en una portería. Así que el primer año me fui allí, a servir, porque no conocía nada Barcelona. Y el segundo año iba a coser a las casas. Me daban la comida, y yo les hacía la ropa. Había una que se quería casar, y me pidió que le hiciera un abrigo reversible. Y yo decía "¿y esto cómo se hará? Me fui un día por allí debajo de la plaza Cataluña, en una tienda, y pregunté "pero ¿y esto? Si se ve cosido, y no tiene forro ni entretela..." Y me dijo "no, primero hacen el bordillo, y luego se quita una capa y la otra se cose en ese bordillo". Pues ya lo sé. E hice el abrigo. Y luego después una cuñada de mi prima quería que le hiciera un traje chaqueta. Una me acuerdo que le hice el ajuar completo: camisonas, sábanas... Montse me ayudó con el patronaje, hasta que lo hice yo, con un libro que tengo, que me mandaban cada mes un fascículo. Me acuerdo un abrigo verde que me hice, que me costó lo que ganaba en un mes. Y se lo hice. Pero yo en Teruel me habían enseñado un traje chaqueta a hacer las mangas como se hacían, normales y luego hacer la costura aquí de la chaqueta. Y claro, no era así. Después ya me di cuenta, que fui con un sastre a coser, y claro, tiene la forma del codo. Se puso de una mala leche... dijo que le había estropeado toda la tela, que eso no era un traje chaqueta. Entonces fue cuando murió mi madre, que me tuve que volver, y entonces estuve cosiendo aquí. A la mujer de un secretario, le había cosido, y a la Emilia, le había hecho otro traje. Pero ya no sabía a cuánta gente había cosido. De la tía Filomena sí que me acordaba, porque me decía "mira, a mí no me importan estas modas; yo quiero hacer así, así y que no



me tire". La mujer del secretario, José, me decía a mí "ay, qué bien coses. No seas tonta, no le hagas caso, que eso te quita fama", me decía. Luego después ya me casé con Cecilio, el de la tía Aurora. Nos fuimos a Barcelona, donde Cecilio tenía piso. La luna de miel la pasamos allí, comprando muebles y limpiando el piso, que lo había tenido alquilado a tres familias. Una en el comedor, otra en la habitación... entre ellas se ve que hubo alguna que se peleó, y se guisaba y todo en la habitación. Luego ya me fui allí y ya empecé a coser, porque yo tenía allá las amistades que había estado antes. Cecilio no quería que yo cosiera, porque entonces las mujeres no trabajaban. Decía "¿qué va a decir la gente, que no te puedo mantener yo?" Digo "mira, a mí la gente me importa tres pepinos. Lo que ganas, con las horas, comemos; lo otro, lo podemos ahorrar. Y con lo que haga yo, si yo o mis hijas tenemos un capricho, pues se lo puedo dar". A mí me gustaba mucho el coser. Ahora ya no, porque ya no veo. Fui muy feliz con él, hasta que Dios quiso, que se lo llevó. Son cosas que pasan y pasan; y no puedes hacer otra cosa. Ahí está.

En Barcelona tuve dos hijas: Ana y Maribel, y dos nietas, una de cada una: Aina y Nora: están para comerlas.

-¿A ti cómo te "picó" de decir "me voy ahora a Jabaloyas" si ya llevabas tanto tiempo sin estar aquí? ¿Cuánto hace? ¿Por qué?- pregunta Martín.

-Yo estuve veinte años que no vine aquí. El pueblo no se te olvida. Resulta que yo tengo un terreno ahí donde vive la andorrana, contra Julio. Primero lo comenté a mis hijas si vendrían, porque digo "si vienen mis hijas, hago allí una casa para mis hijas, pero mis hijas dijeron que ellas no venían por aquí". Me decían "es que eres tonta darlo al pueblo", y yo decía "mira, yo con quien tengo que hablarlo es con mis hijas; si mis hijas me dicen que ellas no vienen, y yo allí no puedo estar porque hay mucho ruido, lo doy al pueblo y que sea algo en beneficio del pueblo". Era una casa que era de los conejos. Una portera que era de madera. Una parte que estaba labrado, y luego la casa. Había una habitación arriba que estaba con un arco y luego la parte de afuera toda de tablones, que era donde mi padre y mi tío serraban para hacer puertas y cosas. Y luego abajo había otra habitación. Las mujeres se ponían a coser allí. Alguien del ayuntamiento dijo que aquello era una ruina, y la tiraron por seguridad. Si entonces hubiera sido mío, yo la hubiera arreglado.

-Lo que era antes un pajar, ¿era propiedad vuestra también?

-Este estaba hundido, y me lo hice yo nuevo. Aún estaba Antonio, y me dijo "¿Eso qué es, ventana o puerta?" Digo "eso es ventana, es por donde se entraba la paja, con aquel rastro que se metía, mírala que está honda; por aquí es donde la sacábamos". Me dijo "tú por dentro, hazte lo que quieras, pero por fuera, te tienes que atener a lo que hay". En el suelo me pusieron aislante: capa



de cemento, plástico y otra capa de cemento. He puesto placas solares. La remodelación tardó tres o cuatro años por lo menos.

-¿Cómo surgió poner placas solares?

-Viniedo me dijo una señora que tenía una casita en el campo, que iba los fines de semana, y que tenía placas solares, y que con ellas tenía todo, hasta la lavadora. Un día bajé a Teruel a comprar, y pasé por un callejón, y vi que ponía algo de placas solares, y un teléfono, que se habían trasladado al polígono. Llamé al teléfono aquel, vinieron y me pusieron mil quinientas, para tener para la nevera, el secador y la plancha... Lo que pasa es que luego me traje un microondas, una cafetera, necesitaba usar la lavadora y no podía ponerlos. Un día los llamé y me dijeron que es que no tenía potencia para todo. El año pasado vinieron y me pusieron otras tres placas pegadas contra la pared, que da el sol todo el día. Eso va conectado a tres baterías de agua y un conversor. ❁

Raquel Cadierno Domingo y Martín Domingo Murciano



Juan Carlos Pradas Corral

Pasión, raíces y ultrafondo

Juan Carlos Pradas Corral es mucho más que un corredor de ultrafondo: es un hombre que ha hecho del esfuerzo, la constancia y el amor por correr una forma de vida. Nacido en Francia de padres españoles, mantiene un vínculo profundo con su pueblo, Jabaloyas, un lugar que ha moldeado su carácter y sus valores. Ha recorrido más de tres vueltas al mundo a pie en ultramaratones y ha participado en pruebas legendarias como por ejemplo la Spartathlon —la “copa del mundo del ultrafondo”, donde es el máximo finisher español—, el Nove Colli, el Ultrabalaton, el UltrArdèche y el Maratón de las Arenas, conocida como la carrera más dura del mundo. Pero más allá de los kilómetros, su historia es también la de un hombre profundamente familiar, que recuerda con cariño a sus padres, Carlos Pradas Domingo y Rosario Mateos Corral, a su primo Eduardo, con quien comparte aventuras inolvidables, y que encuentra en Jabaloyas y su gente un refugio y una fuente de inspiración constante. En esta entrevista, Juan Carlos nos habla de su pasión



por el deporte, su trayectoria como ultrafondista, su vida profesional, su familia y del amor y respeto que siente por sus raíces y por el pueblo que siempre lo llama de vuelta.

-¿Cómo nació tu pasión por el deporte y el ultrafondo?

-Mi pasión por el deporte viene de siempre. En Jabaloyas, el frontón era mi lugar de juegos, mi escuela de vida. Allí aprendí el valor del esfuerzo, de la constancia y de la convivencia. De niño jugaba todas las tardes con Samuel, David, Joaquín, Abel, Óscar, Ismael, Pepe, el forestal y muchos más. Más tarde descubrí la carrera a pie: primero distancias cortas, luego maratones y, finalmente, las pruebas de ultrafondo. Me atraparon porque en ellas no luchas contra los demás, sino contra ti mismo. En mis años de mayor nivel llegaba a correr unos 8.000 kilómetros al año, y en toda mi trayectoria he sumado lo equivalente a dar tres vueltas completas al mundo. Pero lo más importante son las experiencias y los recuerdos que se quedan en la memoria.

-Has participado en pruebas míticas como la Spartathlon, el Nove Colli, el Ultrabalaton o el UltrArdèche, todas de más de 200 km y con temperaturas extremas. ¿Qué significan para ti esas experiencias?

-Son carreras que marcan de por vida. Algunas superan los 200 kilómetros non stop, y he corrido con temperaturas de 35 a 47 grados. La Spartathlon es especial: es la “copa del mundo del ultrafondo” y cada país selecciona a sus mejores corredores. Para mí, ser el máximo finisher español fue un orgullo enorme, aunque siempre con humildad, sabiendo lo que hay detrás de cada kilómetro. Más allá del esfuerzo físico, lo que te queda son los paisajes, la camaradería entre corredores y la alegría de llegar a la meta después de horas que parecen interminables.

-Corriste también el Maratón de las Arenas, considerada la carrera más dura del mundo. RTVE te entrevistó en Informe Semanal. ¿Qué recuerdos guardas?

-El Maratón de las Arenas fue una aventura que me marcó profundamente. Durante varios días cruzas el desierto cargando tu mochila y enfrentándote al calor, al cansancio y a la soledad. TVE me entrevistó porque cuando los vi les grité: “¡Teruel existe!” El reportaje “La carrera más dura del mundo” me permitió contar esa experiencia y explicar que, más allá del sufrimiento, hay una enorme sensación de humildad frente a la naturaleza.

-Has vivido también retos familiares junto a tu primo Eduardo Pradas Jarque. ¿Qué significado tienen para ti?

-Con Eduardo compartimos mucho más que deporte: compartimos raíces, recuerdos de infancia y una complicidad que solo existe entre primos hermanos. Una de las aventuras más especiales fue en 2015, cuando recorrimos Teruel-Valencia por la vía verde: él en bici y yo corriendo, unos 200 km non stop. También hemos hecho recorridos por la Sierra, yo corriendo 100 km y él en bici a mi lado. Más allá del esfuerzo físico, lo importante son los sentimientos que se generan: horas de conversación, silencios compartidos, risas y esa sensación de cuidarnos mutuamente. Todo eso ha reforzado un vínculo que ya existía y lo ha convertido en algo indestructible: una unión de por vida.

-Tus marcas personales son notables: 202 km en 24 horas, 127 km en 12 horas y 74 km en 6 horas. ¿Qué valor les das?

-Son marcas que reflejan años de entrenamiento y disciplina, y por supuesto me hacen ilusión. Durante algunos años tuve un nivel nacional en estas disciplinas, pero nunca he querido quedarme en los números. Para mí lo más importante es el proceso que te lleva hasta allí: las madrugadas de entrenamiento, los días de lluvia, el calor y el apoyo constante de la familia. Cada cifra esconde una historia de esfuerzo, y eso es lo que de verdad me llena.

-¿Qué papel juega Jabaloyas en tu vida?

-Jabaloyas es mi raíz y mi fuerza. Aquí aprendí a vivir el deporte como algo compartido, pero el amor por el pueblo va mucho más allá: me fascinan sus montes, sus fuentes, la magia de sus rincones y la temporada de los rebollones. Cada verano, y a veces incluso durante el año, sentimos la necesidad de volver, aunque eso signifique recorrer más de 1.400 kilómetros desde Francia, jaja. Recuerdo con ternura que mi padre, en cada curva mientras llegábamos al pueblo, pitaba con el coche para hacer ilusión a mi hermana Mari Nieves y a mí. Esos pequeños gestos de amor nos marcaron profundamente. Hoy me llena de alegría poder compartir parte de este cariño con mi familia, mujer e hijas, Eva, Alma y Lili. Disfrutan de estos paisajes y tradiciones tanto como yo. Verlas aprender y disfrutar de este entorno me recuerda que los valores de esfuerzo, amistad y dedicación se pueden transmitir de generación en generación, de manera humilde y natural.

-Vives en Bièvres, cerca de París, y trabajas en Météo-France como ingeniero comercial para grandes empresas meteosensibles. ¿Cómo logras equilibrar tu vida profesional y tus raíces?

-Tengo la suerte de poder teletrabajar desde el coworking que ha creado en Jabaloyas el alcalde Óscar Castillo Murciano. Eso me permite estar cerca de mis raíces y, al mismo tiempo, cumplir con mis responsabilidades en Francia. Es un equilibrio que me llena: por un lado, la vida profesional en una gran ciudad, con sus retos y exigen-



cias; por otro, la paz y la autenticidad de mi pueblo. Y en paralelo, sigo practicando el frontón en Massy, lo que me recuerda cada semana de dónde vengo.

-Has contado que de niño sufriste cierto complejo con tu doble identidad, siendo hijo de emigrantes españoles en Francia. ¿Cómo lo viviste y qué te enseñó?

-Mis padres emigraron desde España para trabajar en Burdeos, y eso marcó profundamente mi vida. De niño, en Francia era "el español" y en el pueblo a veces "el francés". Eso me generaba cierta necesidad absoluta de ser español y de que me reconocieran tal cual, sin ser "el francés" del pueblo. Durante años lo viví como un complejo, pero con el tiempo lo he asimilado y superado. Hoy lo vivo con orgullo, y esa experiencia me ha hecho más fuerte y sensible.

-Además de competir, también eres padrino deportivo de la asociación Fanny et la Vie. ¿Qué representa para ti esta labor?

-Es una de las cosas que más me enorgullecen. El deporte no debe quedarse en los resultados o las medallas: tiene que servir para dar sentido y ayudar a los demás. Con Fanny et la Vie intento aportar visibilidad y apoyo a personas que necesitan esperanza. Ser padrino deportivo me recuerda que lo importante no es lo que uno consigue corriendo, sino lo que puede transmitir a través de ese esfuerzo.

-Para terminar, hablemos de tus padres: Carlos Pradas Domingo y tu madre, Rosario Mateos Corral. ¿Qué lugar ocupan en tu vida?

-Mis padres marcaron toda mi vida. Emigraron para darnos un futuro mejor y lo hicieron con un esfuerzo silencioso que todavía me emociona. Recuerdo con cariño los largos viajes de verano para volver al pueblo, siempre llenos de ilusión y de amor familiar. Mi padre, Carlos Pradas Domingo, era un ejemplo de trabajo, constancia y dedicación. Con sus propias manos construyó la casa



donde hoy seguimos viviendo con toda mi familia. Su fallecimiento en 2010, con solo 63 años, dejó un dolor inolvidable que todavía siento en cada recuerdo y en cada logro. De él aprendí el trabajo, la honradez y la perseverancia. De mi madre, Rosario Mateos Corral, heredé el cariño, el respeto por la familia y el orgullo de nues-

tras raíces. Su amor y su capacidad de sacrificio siempre nos acompañaron. Muy humildemente, solo puedo decir que les quiero profundamente por lo que me han transmitido: amor, respeto, cariño y valores que guían todo lo que soy, en el deporte y en la vida.

-¿Qué es para ti hoy Jabaloyas?

-Jabaloyas sigue siendo mi refugio y mi fuente de inspiración. Cada regreso al pueblo me recuerda de dónde vengo y me conecta con mis raíces. No solo por el deporte, sino también por el amor a sus montes, sus fuentes, la temporada de los rebollones y la vida sencilla que siempre nos enseñaron mis padres. No sé cómo lo vivieron aquellos que emigraron antes que yo, pero mi familia lo hizo con valentía: mis padres vinieron a Francia buscando un futuro mejor, y también mi abuelo Pablo, el padre de mi padre, marchó unos años a México. Muchos vecinos de Jabaloyas hicieron lo mismo en su momento, y hoy esa historia vuelve a ponerse de manifiesto. Ver cómo se mantienen vivos los lazos con aquellos que se fueron y cómo la comunidad sigue valorando sus raíces me llena de respeto y gratitud. Jabaloyas es, para mí, un lugar que guarda la memoria de mi familia, de mi infancia y de tantas historias que merecen ser contadas. Siempre será el sitio al que regreso con el corazón abierto y lleno de cariño. ❄️



José Luis Castán Esteban

Investigando nuestra historia

Jabaloyas es un pueblo que habla a través de sus piedras. Sus casas, sus escudos, sus calles y su iglesia conservan la memoria de generaciones que han ido dejando huella en la arquitectura y en el paisaje urbano. Conocer y comprender ese legado es fundamental para valorar lo que somos y lo que hemos heredado.

Para profundizar en la arquitectura civil y eclesiástica de Jabaloyas, así como en el significado de los escudos heráldicos que aún se conservan en algunas fachadas, conversamos con José Luís Castán Esteban, profesor universitario; actualmente tiene el cargo de director provincial de Educación de Teruel. Cursó estudios de Geografía e Historia, Derecho, Filosofía y Ciencias de la Educación. Se doctoró en Historia Moderna y en Historia del Derecho. Ha compaginado la docencia con la investigación universitaria donde su área de trabajo está relacionada con la historia social, económica, educativa y política de las zonas rurales realizando publicaciones relacionada con esa temática. Perteneció al Cuerpo de Inspectores de Educación y es profundo conocedor de Patrimonio Cultural de Jabaloyas. A través de sus palabras, recorreremos la historia construida del pueblo y reflexionamos sobre la importancia de conservarla y transmitirla a las generaciones futuras.

Nuestra primera pregunta introductoria para quienes no lo conozcan: ¿podría resumir brevemente su vinculación personal y profesional con Jabaloyas y su patrimonio histórico?

-Es una relación desde hace muchos años, cuando era un joven estudiante de la carrera de Historia. Buscando documentos sobre los ganaderos trashumantes hacia Valencia, encontré los fondos de la Comunidad de Albarracín sobre Jabaloyas. Eso me hizo ir por primera vez al pueblo.

¿Qué le llevó a interesarse de manera especial por la historia y la arquitectura de este municipio?

-En los documentos que localicé en los archivos se mencionaban ventas de lana, acuerdos con ganaderos, que me llevaron a la casa de diezmos de Jabaloyas. También el hecho de que Jabaloyas fuera la cabecera de una de las cuatro sesmas en que se dividían las aldeas de la histórica Comunidad de Albarracín me interesó mucho. He publicado varios trabajos sobre estos temas.

-Desde su punto de vista, ¿qué rasgos definen la arquitectura civil tradicional de Jabaloyas?



-Son signos de una riqueza que desde el siglo XV hasta el XVIII transformó la población. Grandes familias, como los Asensio, los Gómez, Mateo o Ximeno, ya desaparecidas de Jabaloyas. Los escudos nobiliarios y la traza de los sillares así lo atestiguan. Fue el comercio de la lana el que llevó a la construcción de estas casas.

¿Existen tipologías de viviendas o elementos constructivos que sean especialmente singulares o representativos del pueblo?

-Me resulta especialmente interesante la disposición de los edificios, con grandes espacios abiertos en algunos de ellos. También la calidad con la que están labradas. Aunque solo se conservan restos de la muralla destacaría que todo el recinto responde a una tipología militar que combina la estructura palaciega de las casas, no exenta de ostentación, con la defensiva. Muchas casas conservan elementos antiguos (portadas, aleros, rejas, dinteles...).

¿Qué nos dicen estos detalles sobre la vida cotidiana y social de otras épocas?

-En primer lugar, la cantidad y la calidad de las personas que vivían en ellas. No solo los señores de las casas, sino también criados, doncellas, o pastores. Hay una jerarquía social muy visible en los detalles de las casas, que hoy nos puede ser difícil de identificar. Una portada o un ale-



10 • El Escaramujo

ro.es una evidencia palpable de distinción, de orgullo por el linaje de la familia

-En algunas fachadas aparecen escudos heráldicos. ¿Qué importancia tienen desde el punto de vista histórico y patrimonial?

-Desde la fundación cristiana de Jabaloyas hay documentadas familias nobles. Una de ellas, la del francés Gaucher de Valoys Crépy, relacionada con los condes de Valois en Francia. Están vinculados con la conquista de Valencia, así como la nobleza de los Azagra, creadores del señorío de Albarracín hasta su incorporación a la Corona de Aragón en el año 1300 por el rey Jaime II.

-¿Qué nos revelan estos escudos sobre las familias, linajes o estatus social de quienes habitaron esas casas?

-Cada escudo nobiliario hace referencia a un hecho importante, real o muchas veces envuelto en la leyenda, sobre el origen de ese linaje. No solo estaban en las fachadas, sino que también era la distinción de sus escudos y armas de guerra. Al perderse en la última guerra civil los archivos del pueblo, es difícil su identificación. Pero hay algunos que sí que lo son, como el que está en la casa de diezmos, promovida por el obispo de Albarracín. En torno al escudo hay una orla oval con una inscripción bordeada por dos finos listeles en la que se escribió: «D JOSEPH CONSTANT»DE ANDINO E ALBARRAC». Y el año, «ANO 1788».

-¿Se conserva bien este patrimonio heráldico o considera que corre riesgo de deterioro o desaparición?

-Todo el conjunto de Jabaloyas es un Bien de Interés Cultural, protegido por la legislación del patrimonio histórico español. Esto supone que hay una obligación legal de conservarlo y un sistema de vigilancia para ello. Las administraciones tienen subvenciones, sobre todo para edificios públicos, pero siempre son insuficientes.

-En cuanto a la arquitectura religiosa, ¿qué elementos destacaría de la iglesia parroquial y otros edificios de carácter eclesiástico?

-La iglesia de Nuestra Señora la Reina de los Ángeles, con su torre y su recinto fortificado, incluidas las arpilleras, la hacen única en todo Aragón. Que se haya mantenido el perímetro posteriormente usado como cementerio, y las dos torres, la hacen excepcional. Destacaría la torre principal, del siglo XVI. Por las descripciones que han llegado hasta nosotros, las capillas de la iglesia eran, muy importantes, pero desgraciadamente fueron saqueadas en 1936.

-¿Qué estilos arquitectónicos están presentes y cómo se explican dentro del contexto histórico de la comarca?

-El estilo inicial es el gótico y su estructura se hizo en diferentes fases, como se aprecia en el exterior. El último elemento fue la torre, construida en el siglo XVI. Después hay elementos barrocos, sobre todo en las capillas. Es

una época de gran riqueza en la Sierra de Albarracín por la expansión de la ganadería trashumante y el comercio de la lana. Tanto el diezmo, como el patronazgo de las grandes familias hicieron que se pudiera construir una iglesia de tales características.

-¿Qué papel ha desempeñado la iglesia en la configuración urbana y social de Jabaloyas?

La iglesia parroquial, junto la casa de diezmos y la ermita de la Virgen de los Dolores, una construcción gótico-mudéjar del siglo XVII, marcan el eje principal de la configuración urbana. Si a esto le añadimos las casas con el cristograma JHS, una abreviatura del nombre de Jesús en griego (ΙΗΣΟΥΣ), y también iniciales de la frase latina "Iesus Hominum Salvator", todo evidencia la importancia de la iglesia en la localidad. Socialmente, el estamento religioso era no solo numeroso, sino privilegiado en sus rentas y funciones. Era el elemento que articulaba la relación de los vecinos, más incluso que el ayuntamiento.

-¿Cómo valora el estado de conservación del patrimonio arquitectónico del pueblo en la actualidad?

-Ha mejorado respecto a la situación que tuvo tras la Guerra Civil, en la que se saquearon las casas y las iglesias. Pero es necesario acometer obras muy importantes, fundamentalmente en la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles, que solo se pueden hacer por parte de las administraciones públicas.

-¿Qué medidas considera fundamentales para proteger y poner en valor este legado?

-Hay algunas que ya existen, como el decreto 177/2012, de 17 de julio, del Gobierno de Aragón por el que se declara la villa de Jabaloyas (Teruel) como Bien de Interés Cultural, en la figura de Conjunto Histórico. Esto supone que se debe mantener la estructura urbana y arquitectónica así como las características generales de su escena urbana, ambiente y silueta paisajística, y en esa línea se potenciarán la recuperación de elementos tradicionales de la localidad que se han ido perdiendo paulatinamente como ocurre, por ejemplo, con las fachadas. Pero también considero importante dar a conocer su historia y tradiciones, algo que el Centro de Estudios de la Comunidad de Albarracín ha hecho en varias publicaciones.

-¿Cree que el patrimonio arquitectónico y heráldico puede ser un recurso cultural y turístico sostenible para Jabaloyas?

-Sin duda. El patrimonio no solo es la historia de nuestros pueblos. Es el presente y su futuro. Así lo vemos en muchas localidades de Teruel. Si lo combinamos con una excelente oferta gastronómica y de alojamientos turísticos, no solo se puede conservar, sino crear riqueza.

-Para terminar, ¿qué mensaje le gustaría trasladar a los vecinos sobre la importancia de conocer y cuidar el patrimonio histórico de su pueblo?

-Quisiera reconocer la labor que han hecho los vecinos de Jabaloyas para conservar y cuidar su patrimonio a lo largo de muchos años. Toda la población es un conjunto singular y excepcional por la integración de la arquitectura en el paisaje y por las tradiciones asociadas a él. Todos debemos cuidarlo y, sobre todo, sentirnos muy orgullosos de él. Es el mejor legado que podemos dejar a la siguiente generación.

Como conclusión a la presente entrevista, podemos considerar que la arquitectura, de Jabaloyas no es solo un conjunto de edificios antiguos: es un testimonio vivo de su historia, de su organización social y de la identidad

colectiva del municipio. Como nos recuerda José Luís Castán, cada escudo, cada portada y cada muro nos habla de un pasado que merece ser conocido, respetado y protegido.

En un tiempo en el que el riesgo de pérdida del patrimonio es real, la divulgación y la concienciación se convierten en herramientas esenciales. Mirar con atención las casas y la iglesia de Jabaloyas es, en definitiva, una forma de reconocer el valor de lo propio y de asumir la responsabilidad de conservarlo para quienes vendrán después.

Julio Nando Rosales

Pasatiempos

SOPA DE LETRAS

JABALOYAS.

N	J	O	R	R	E	I	H	C	U	B	I
Y	C	O	R	E	R	O	G	N	A	M	
Ó	A	X	B	V	Í	A	D	A	J	A	M
L	R	Ü	Í	A	S	Y	C	K	O	Í	K
B	R	H	M	D	L	F	K	J	Ü	B	H
E	A	Y	Y	O	Ú	S	E	X	Z	J	R
Á	S	E	S	B	N	R	I	V	N	L	R
Ó	C	C	Ó	I	A	R	X	L	Y	Ü	Á
G	A	F	N	R	S	C	E	R	L	Ñ	P
L	Í	R	A	H	Ú	F	B	A	M	A	B
H	F	P	É	L	A	N	A	C	L	Z	S
B	M	S	U	Í	L	O	L	Y	U	É	V

Carrasca, Canal, Majada, Balsillas, Mangorreo, Hierro, Monreal, Parajejo.

SILUETAS

¿Cuál de las siluetas pequeñas corresponde con la grande?



SABÍAS QUÉ...

- Las sexmas o sesmas antiguamente eran divisiones territoriales de agrupaciones de poblaciones.
- Los diezmos eran tributos que se pagaban a la parroquia con la décima parte de los bienes de la población.
- Las primicias eran tributos que se le pagaba al obispado con el fin de costear la administración de los sacramentos con una fanega de trigo y otra de centeno por cada par de animales de labor.
- La extensión del término de Jabaloyas es de 4.360 hectáreas y que la mayor parte está cubierta de arboleda, predominando el pino silvestre.
- Albarracín significa "ciudad de los hijos de Razín". La familia bereber de los Banu Razín convirtieron a Albarracín en una taifa y le otorgó ese nombre.

Julio Nando Rosales



Santa Isabel de Aragón

Una reina excepcional

La historia medieval europea está repleta de figuras femeninas que destacaron por su poder político, pero pocas lograron trascender su época combinando la alta diplomacia con una profunda vocación de servicio y santidad. Santa Isabel de Aragón, también conocida históricamente como la reina Isabel de Portugal, es uno de estos singulares ejemplos. Nacida en el seno de la poderosa Corona de Aragón, su vida transcurrió en una Europa convulsa donde las alianzas matrimoniales regían el tablero geopolítico. Su figura destaca no solo por su estirpe real, sino por cómo transformó su posición de poder en una plataforma inagotable de caridad, pacificación y profunda espiritualidad cristiana.

Isabel nació en la ciudad de Zaragoza alrededor del año 1271. Era hija del rey Pedro III el Grande -monarca de Aragón y de Valencia, y conde de Barcelona- y de la reina Constanza de Sicilia. Por vía paterna descendía de una estirpe de reyes guerreros y legisladores, mientras

que por línea materna estaba vinculada a los Hohens-
taufen de Sicilia, conectándola directamente con el co-
razón de los debates políticos del Mediterráneo.

Fue bautizada con el nombre de su tía abuela, la célebre Santa Isabel de Hungría, una princesa que también había renunciado a los lujos por los pobres. Esta elección nominal no fue casual; marcó profundamente el rumbo espiritual de la infanta aragonesa, quien desde su más tierna infancia mostró una inclinación inusitada por la oración, el ayuno y la atención a los desfavorecidos.

Creció en una corte vibrante y culta, recibiendo una formación esmerada que incluía el dominio de lenguas, la lectura de textos religiosos y los rudimentos de la administración y la diplomacia, herramientas que más tarde le resultarían vitales en su etapa como reina de Portugal.

A la edad de doce años, en 1282, fue dada en matrimonio al rey Dionisio I de Portugal (conocido popularmente como el Labrador o el Poeta). Este enlace formaba parte de las complejas estrategias diplomáticas de la época, destinadas a consolidar la paz y fijar de manera definitiva las fronteras entre los reinos de la península ibérica.

Como reina consorte, Isabel se ganó de inmediato el respeto y el cariño del pueblo llano gracias a su sencillez, cercanía y constante generosidad. Sin embargo, su vida conyugal no estuvo exenta de pruebas severas. El rey Dionisio era un monarca de carácter fuerte, temperamental y con numerosos hijos fuera del matrimonio, lo que generaba constantes tensiones y celos en el seno de la corte. A pesar de estas dificultades, Isabel siempre respondió con una paciencia ejemplar, la oración y la práctica constante de la virtud.

Isabel destinaba una parte sustancial de las rentas de la Corona a socorrer a huérfanos, enfermos crónicos, peregrinos y mendigos. Mandó financiar la construcción de hospitales, hospicios, refugios y monasterios a lo largo y ancho de Portugal. Su palacio se convirtió de forma permanente en un centro de acogida donde ella misma atendía a los necesitados.

De esta etapa de su vida caritativa proceden numerosas leyendas populares profundamente arraigadas en la tradición peninsular. La más célebre es el "Milagro de las Rosas", según el cual, al ser interceptada por el rey en un frío día de invierno mientras llevaba ocultos en su



regazo panes destinados a los pobres, los alimentos se transformaron milagrosamente en rosas frescas ante las preguntas del monarca.

Uno de los mayores legados históricos y políticos de Isabel de Aragón fue su incansable labor como pacificadora en una península ibérica marcada por disputas territoriales y guerras civiles constantes.

El punto álgido de su labor diplomática y mediadora ocurrió cuando estalló una cruenta guerra civil entre su propio esposo, el rey Dionisio, y su hijo, el infante Alfonso (futuro Alfonso IV de Portugal), quienes disputaban el control y la sucesión del reino.

Con un valor extraordinario y desoyendo los consejos de prudencia de los cortesanos, la reina Isabel se desplazó hasta los campos de Alvalade en 1321 y se interpuso físicamente entre los dos ejércitos enfrentados para evitar el choque armado. Su autoridad moral, combinada con su profunda determinación, logró detener la contienda, forzar un entendimiento y firmar la paz que reconcilió al padre con su heredero.

Además de pacificar su propio reino, intervino en múltiples ocasiones como mediadora en conflictos dinásticos entre la Corona de Portugal y los reinos de Castilla y Aragón, ganándose el reconocimiento general como un pilar fundamental de la estabilidad peninsular.

Tras el fallecimiento del rey Dionisio I en 1325, la vida de Isabel dio un giro definitivo hacia la consagración religiosa total y el desprendimiento de los bienes terrenales.

Una vez cumplidas las exequias reales, distribuyó la mayor parte de sus riquezas personales entre los pobres, los hospitales y las órdenes mendicantes.

Se despojó de sus lujosas vestiduras de reina y se trasladó a la ciudad de Coimbra. Allí ingresó como monja clarisa en el Monasterio de Santa Clara-a-Velha, una institución que ella misma había contribuido a fundar y dotar económicamente. Aunque no emitió los votos solemnes de clausura estricta -lo que le permitía conservar cierta libertad de movimiento para continuar con sus labores asistenciales y de mediación-, vivió el resto de sus días bajo la estricta regla de la pobreza, la humildad y la penitencia propia de la espiritualidad franciscana.

Isabel falleció el 4 de julio de 1336 en la localidad portuguesa de Estremoz, a los 65 años de edad. Su muerte se produjo en medio de un último y sacrificado viaje diplomático, emprendido a una avanzada edad, con el único propósito de mediar en un nuevo conflicto familiar surgido entre su hijo, el rey Alfonso IV de Portugal, y su nieto, el rey Alfonso XI de Castilla.

Sus restos mortales fueron trasladados solemnemente al Monasterio de Santa Clara en Coimbra, donde hoy en



Santa Isabel de Portugal, por Francisco de Zurbarán



día se conservan en el interior de un magnífico sepulcro gótico de piedra tallada.

Su fama de santidad, respaldada por su ejemplar vida de servicio, caridad y pacificación, se extendió rápidamente por todo el territorio portugués y los reinos hispánicos. Fue beatificada en los siglos posteriores y solemnemente canonizada por el Papa Urbano VIII en el año 1625.

Su festividad litúrgica se celebra el 4 de julio. Es patrona de la ciudad de Coimbra y de la diócesis de Tenerife, y su figura sigue siendo recordada en Aragón y en Portugal como un símbolo eterno de concordia, bondad, firmeza moral y entrega desinteresada a los demás. ❁

Raquel Cadierno Domingo



PLANTAS AUTÓCTONAS

Gordolobo

La planta *gordolobo* (*Verbascum thapsus*), también conocida como **verbascos** o **hierba de los pulmones**, es una planta medicinal reconocida por sus propiedades y apariencia única. Sus características principales:



Morfología

Tamaño: Puede alcanzar alturas de hasta 2 metros.

Tallo: Recto, robusto y ligeramente vellosos.

Hojas: Grandes, alargadas y cubiertas de una densa vellosidad, lo que les da una textura aterciopelada.

Las hojas basales forman una roseta, mientras que las superiores están dispuestas a lo largo del tallo.

Flores: De color amarillo brillante. Se agrupan en una espiga densa en la parte superior del tallo.

Cada flor tiene cinco pétalos y mide entre 1 y 2 centímetros de diámetro.

Fruto: Cápsulas pequeñas que contienen numerosas semillas diminutas.

Distribución

Originaria de Europa, Asia y el norte de África, pero actualmente se encuentra en muchas partes del mundo.

Prefiere suelos secos, pobres y bien drenados, como bordes de caminos y áreas abandonadas.

Usos medicinales

Tradicionalmente utilizada para tratar afecciones respiratorias como asma, bronquitis y tos.

Sus flores y hojas contienen mucílagos, saponinas y flavonoides, que tienen propiedades emolientes, expectorantes y antiinflamatorias.

Se utiliza en forma de infusión, jarabe o aceite.

Como curiosidad, decir que también se suele utilizar como papel higiénico y como dentífrico (no tiene que ser en ese orden).

Para preparar la Infusión de gordolobo prepare un litro de infusión de gordolobo, utilizando una onza (30 gramos) por peso de hoja de gordolobo seca u hoja y tallo, en un litro de agua hirviendo, deje reposar durante 4 a 10 horas, fuera del fuego y bien tapado. Cuélelo, utilizando un colador forrado con un filtro de café. Conserve y refrigere el líquido, la infusión.

Alivia trastornos dérmicos como la dermatitis, el prurito, las escoceduras, quemaduras, forúnculos, así como hemorroides. En forma de cataplasma, emplastro o aceite.

Otros datos

Es una planta bianual: en su primer año forma una roseta basal y florece en el segundo año.

Atrae polinizadores como abejas y mariposas debido a sus flores llamativas.

Las hojas son tóxicas para los peces, dañando el ecosistema. Se ha utilizado para pescar estando ahora prohibido dado que tiene rotenona que evita que se pueda sintetizar el oxígeno.

De sus flores se pueden hacer tintes. 🌸

Julio Nando Rosales

Los tres deseos de doña Procopia

Érase una vez un muchacho que vivía en Jabaloyas hace mucho, mucho tiempo. Se llamaba Ciro, y vivía con su madre, doña Procopia. Vivían juntos con su perro Arruza, una casa vieja, cuatro fanegas de trigo y muchas deudas. Esto se debía a la adición al juego del marido Indalecio, conocido en todos los bares de la comarca y parte de Cuenca por su afición a gastarse el jornal al julepe. Que si "voy", que si "paso", que si "me quedo servido", al final le daban julepe allá donde fuera. Dicen las vecinas que llegó a apostarse la medalla de la Milagrosa de doña Procopia, y ella ya por eso no pasó. Dijo "para ti la perra gorda, Indalecio" y lo echó con la baraja y dos mudas.

Así que en esas estaban, que a la hora de labrar faltaban manos, y la casa y las obligaciones se multiplicaban, mientras las fuerzas de ambos a veces flaqueaban, pues ya se sabe que a perro flaco, todo son pulgas, y que cuando Dios aprieta, ahoga, pero bien. No, no era así exactamente, pero así lo sentían Ciro y su madre cuando hacían cuentas y no llegaban a cubrir todas las necesidades. Y es verdad que cuando había goteras, Ciro se subía al tejado y lo arreglaba él mismo, así como grifos que no cerraban bien y todas esas pequeñas cosas que cuando se estropean y no sabes arreglar, se convierten en grandes problemas. Ciro era mañoso y trabajador, y siempre encontraba formas de salir airoso de los contratiempos del día a día. Doña Procopia también cosía fijándose en los modelos de las revistas y sus patronos (estaba abonada al Burda) y tenía entre el pueblo de Jabaloyas a las mujeres exaltadas ante su pericia con la aguja y sus modelos innovadores, que no dejaban de estrenar en bodas y bautizos. Aún así, a poco que conseguían ahorrar, ahí volvía Indalecio con sus promesas de cambio y buena voluntad. Le acogían de nuevo, y al poco, allá que me voy cegado al julepe, con los ahorros de la moda y el trigo. Y vuelta a empezar. Y es que era Indalecio un hombre de buen corazón y bastante simpático, todo hay que decirlo. Pero tenía con el julepe un no se qué que es que no se podía apartar de él. Luego claro, también empezaron a hablar las malas lenguas de que andaba que si sí que si no con la estanquera de Saldón, y ahí ya sí que doña Procopia se cuadró y dijo "hasta aquí hemos llegado, Indalecio", le tiró la alianza a la jeta y cambió la cerradura.

Ni que decir tiene que Ciro andaba apesadumbrado por esta situación doméstica, pues él quería a sus padres con devoción, y aunque lo de la estanquera no era plato de buen gusto para nadie, echaba de menos a su padre. Arruza también deambulaba por la casa esperando a su

amigo, aunque esta vez no parecía que la cosa pintara bien, pues doña Procopia estaba enfadada de verdad. Lo del julepe podía pasar, pero esta historia pecaminosa de su señor esposo y la estanquera de Saldón no había por dónde cogerla. En esas estaban cuando les llegó una nueva factura que fue la guinda del pastel, pues les cobraban el alquiler de la cosechadora y se habían quedado sin fondos. Era impenable pagar para tener la cosecha, vender el trigo y hacer frente así al invierno. Intentando buscar una salida, y animados por la vecina Puri, que era experta en soluciones desesperadas, fueron a ver a la bruja Crescencia. Cuando llamaron a la puerta, iban con más miedo que fe.

Les abrió la bruja con su camisón naranja, el pelo alborotado y un gato negro al hombro, que les miraba desafiante.

- Pasad, pasado, hijos míos- les dijo Crescen, que así la llamaban los amigos que no tenía. - ¿Qué os inquieta?
- No tenemos dinero para pagar la cosechadora- dijo Ciro.
- Indalecio ha perdido el norte y no sabemos si está en Saldón o jugando al julepe Dios sabe dónde- dijo doña Procopia, afligida.
- Debemos dinero al del pan y al de los congelados. A Arruza le damos pienso del Hacendado y hace tiempo que no tenemos ya ni para la pipeta -sollozó Ciro.
- Me han cortado los envíos del Burda porque no pude pagar la suscripción la última vez- dijo doña Propocia, colorada.
- Necesitamos dinero, necesitamos un milagro- pidió Ciro.
- Bien, bien, hijos míos. Voy a concederos tres deseos, y os prometo que con ellos encontraréis la felicidad de nuevo. Pero pensadlos bien, porque son tres y nada más. Palabra de bruja.

Ciro y su madre pasaron de la sorpresa al júbilo ante la perspectiva de que verdaderamente su situación pudiera arreglarse así de fácil, aunque luego se pusieron serios y estuvieron cavilando qué pedir con esos tres deseos. Finalmente, doña Procopia se pronunció:

- Quiero que me indiques dónde está el mayor tesoro.

La bruja Crescencia y su gato Michín, que no había abandonado el hombro de la bruja, miraron fijamente a doña Propocia, y la bruja dijo:



- Deseo concedido. Ve a tu casa y allí lo encontrarás.

Ciro y su madre dijeron "pies, para qué os quiero" y salieron corriendo sin decir adiós. Revolvieron toda la casa, pero allí no apareció ningún tesoro. Indalecio, que había vuelto, intentaba llamar su atención para decirles que lo de la estanquera era una calumnia y que se había apuntado a la Asociación sin ánimo de lucro "Juleperos reformados" y estaba intentando dejar el juego, pero ellos apenas le escucharon. Sólo Arruza saltaba lamiendo sus manos y moviendo la cola, feliz.

Bastante desanimados, fueron a ver a Crescen y le dijeron:

- Nos concediste el deseo de tener la mayor fortuna, y dijiste que la encontraríamos en casa, pero allí no estaba. Queremos pedirte el segundo deseo: que tires la casa.

Habían llegado a esta conclusión, pensando que el tesoro estaba enterrado bajo la casa, y por eso no podían encontrarlo. Nuevamente la bruja Crescencia y su gato Michín miraban fijamente a madre e hijo, y la bruja dijo:

- Deseo concedido. Ve a tu casa y allí lo encontrarás.

Fueron corriendo a la casa y, efectivamente, allí ya no había casa, sólo ruinas, y Arruza abrazado por Indalecio, que sollozaba sin poder entender qué podía haber pasado con la casa.

Doña Procopia y Ciro se pusieron a cavar por todo el perímetro, pero ahí no apareció más que alguna moneda vieja y cuatro fósiles. Consternados, se dirigieron en busca de la bruja Crescencia y le increparon porque se sentían engañados. Querían pedirle un tercer deseo, pero ella les advirtió:

-Pensadlo bien, este es vuestro tercer y último deseo.

Madre e hijo se miraron, y doña Procopia, que era una persona humilde y en general poco arriesgada -salvo en sus modelos del Burda para las vecinas- dijo:

- Inventos con gaseosa. Que todo vuelva a ser como antes- pidió.

- Deseo concedido. Ve a tu casa y allí lo encontrarás -dijo la bruja, sonriendo. Y creo que hasta Michín sonrió, cuando Ciro y su madre corrían y corrían para por fin encontrar su casa como estaba al principio. Con sus goteras, sus cuatro fanegas de trigo y sus deudas. Y sólo entonces, ya contentos de no haberlo perdido todo, se dieron cuenta que la casa les parecía preciosa, que las deudas no eran tantas, que qué alegría ver a Indalecio en la puerta con el bueno de Arruza, y que juntos parecía que no había nada imposible y que el amor que se tenían era, al final, el mayor tesoro que podía haber.

Y quizá tú, querido lector, no necesites que te tire la casa la bruja Crescencia para darte cuenta de esto. ❀

¡Ay, maño!



Agradecimientos

Desde este rincón quiero dar las gracias a la Asociación Cultural San Cristóbal por seguir apostando por El Escaramujo, así como por todas las actividades culturales que apoyan y promueven por nuestro pueblo, por su cariño y labor incansable a través de los años para que Jabaloyas no olvide. Muchas gracias a los lectores por su interés y apoyo, a las personas entrevistadas por compartir generosamente sus vidas con nosotros -Flores, Juan Carlos y José Luis-; a Julio Nando por su interés y aportaciones,

así como a Javier Balandín por su ilustración para el cuento de Los tres deseos de doña Procopia. En esta edición incluimos los tres relatos ganadores del Primer Concurso de relatos cortos de Jabaloyas.

Si deseáis participar en El Escaramujo, podéis contactar conmigo en el correo ondinaverde@hotmail.com o por teléfono en el 657 255 052.

Muchas gracias por leer. Nos vemos en Jabaloyas. 🌻

Raquel Cadierno Domingo



El peso de la escarcha

Jorge Alonso Luna, primer premio

El viento que azota el cerro de San Cristóbal no silba; murmura sentencias olvidadas. En Jabaloyas, el frío tiene memoria. Lo sé porque llevo ochenta inviernos viendo cómo la escarcha devora los tejados rodenos y congela las intenciones de los hombres. Antes de que el miedo les pudriera la razón, venían a mi puerta al amparo de la noche. Me traían críos con el pecho cerrado y fiebres que ardían como yesca. Entonces yo era la sanadora, la que conocía el lenguaje oculto de la ruda, la salvia y el romero que crecen a escondidas entre los peñascos.

Fue cuando la sequía agrietó los campos y reseco las gargantas de las ovejas cuando las miradas cambiaron. El dolor necesita culpables, y en un pueblo donde el cielo se niega a llorar, es más fácil señalar a la mujer que habla con las hierbas que rezarle a un Dios sordo. No hubo escobas ni pactos con el maligno, como rezan los cuentos de taberna que ahora atraen a los forasteros; solo hubo ignorancia, y el aullido del cierzo arrastrando nuestros nombres hacia la cumbre del Jabalón.

Recuerdo la tarde en que el cura Anselmo cruzó la plaza con el rostro descompuesto. La cosecha de trigo había sido un fracaso absoluto y las mulas comenzaban a caer, famélicas, en los establos. La campana de la iglesia de la Asunción tañó a deshora, convocando a los vecinos. Yo observaba desde la pequeña ventana de mi casa, en las afueras, moliendo corteza de sauce en mi mortero. Cada golpe de la piedra era un latido en la garganta de mi pueblo.

—¡Es el mal de ojo! —gritó alguien en la plaza. La voz rebotó contra los muros de piedra caliza, amplificadas por el terror. —¡Las mujeres del cerro han envenenado los pozos!

“Las mujeres del cerro”. Así nos llamaron de repente. A mí, que había ayudado a nacer a la mitad de los que ahora levantaban los puños; a Carmen, la viuda que tejía cestos y curaba los sabañones; a la vieja Elvira, que apenas podía dar dos pasos sin ahogarse, pero que sabía exactamente en qué fase de la luna sembrar las hortalizas. De la noche a la mañana, nuestra sabiduría campesina, heredada de madres a hijas desde tiempos inmemoriales, se transformó en un sacrilegio a los ojos de la desesperación.

Aquella noche no encendí la lumbre. La oscuridad de Jabaloyas es espesa, casi sólida, y sirve de buen escondite. Sentada en la penumbra, escuché el crujir de las botas sobre la nieve endurecida. Venían en grupo. Los hombres de campo, cuando se agrupan en nombre de la justicia

divina, pierden el nombre y el rostro; se convierten en una sola bestia ciega.

No llamaron a la puerta; la echaron abajo.

Entraron con antorchas que escupían chispas y humo negro. El olor a brea quemada inundó mi cocina, borrando de un plumazo el aroma a espliego que siempre me acompañaba. Me agarraron por los brazos, sin mirarme a los ojos. Aquellos brazos que me apresaban eran los mismos a los que yo había aplicado ungüentos de consuelo cuando se los partían cortando leña en los pinares.

—Al Jabalón con ella —ordenó el alcalde, escupiendo en el suelo de tierra batida.

La subida al cerro de San Cristóbal fue un calvario de piedras y silencio. Nadie hablaba. Solo se oía el jadear de los hombres y el gemido del viento helado colándose por los desfiladeros. Me empujaron hasta la cima, allí donde la leyenda dice que el diablo dejó la huella de su pezuña. Desde lo alto, Jabaloyas parecía un puñado de brasas moribundas en el vientre del valle.

Me ataron a un tronco de sabina seca. El frío ya me había anestesiado las piernas, pero el corazón me latía con la furia de un animal acorralado. Esperaba el fuego. Esperaba que la histeria culminara en cenizas, como había ocurrido en Zugarramurdi o en las llanuras del norte.

Pero en la Sierra de Albarracín, la crueldad tiene otras formas.

—Si eres bruja, el demonio te dará calor —sentenció el cura Anselmo, ajustándose la bufanda de lana gruesa—. Si eres inocente, Dios te acogerá antes del amanecer.

Y se fueron.

Me dejaron sola, atada a la sabina, frente a la inmensidad del cielo invernal. Las antorchas se alejaron montaña abajo, como una procesión de luciérnagas enfermizas.

El primer embate del cierzo fue como una navaja afilada. Intenté rezar, pero las palabras se me congelaron en los labios. Pensé en el romero, en la savia caliente que corre bajo la corteza de los árboles incluso en el invierno más crudo. Me concentré en la tierra que pisaban mis pies descalzos, buscando el pulso dormido de la montaña.

Dicen que las brujas vuelan. Yo no volé. Aquella noche, en lo alto del cerro, me convertí en piedra. Mi respiración se ralentizó hasta confundirse con el rumor del viento. La escarcha comenzó a cubrirme los cabellos, tejiendo una corona de cristales de hielo. Dejé de sentir frío; en su

lugar, me invadió una paz antigua y pesada. Comprendí que no estaba muriendo, sino echando raíces.

Cuando los primeros rayos del sol despuntaron sobre el horizonte, tiñendo de rojo la piedra de rodano, volvieron a subir. Encontraron mi cuerpo cubierto de escarcha, blanco e inmóvil. Alguien persignó. Otro sollozó. Me desataron, creyendo que la montaña me había reclamado como pago por sus propios pecados.

Me enterraron sin nombre, lejos del camposanto, bajo la sombra del Jabalón.

Han pasado siglos. El pueblo ha olvidado los rostros de los hombres que me condenaron. Sus casas se hundie-

ron, sus linajes se extinguieron. Pero la leyenda sobrevivió. Ahora vienen de las ciudades, con cámaras y caras de asombro, buscando el misterio de las brujas de Jabaloyas. Caminan por el cerro, pisan la tierra que me abriga y sienten un escalofrío que no saben explicar.

No saben que el frío no viene del viento. Viene de abajo. Viene de la memoria de las mujeres que, como yo, entendieron que el verdadero poder no reside en las escobas ni en los pactos oscuros, sino en conocer la tierra tan bien, que al final, te conviertes en ella.

El cerro de San Cristóbal sigue murmurando sentencias. Y yo, desde mis raíces de escarcha, sigo escuchando. ❁



La procesión de las brujas

Juan Manuel Sainz Peña, segundo premio

«Soy una bruja. Lo soy y siempre lo seré. La magia está en mí y es suficiente». — Sarah Henning.

«Los espíritus frecuentan los lugares donde más solían acudir sus cuerpos». — Charles Dickens.

Jabaloyas, 1906

El agua de los cubos no sirve. Tampoco la cellisca que lleva un rato cayendo y que solo provoca que el suelo se empantane. Las llamas parecen brazos de fuego de alguna criatura fabulosa, el humazo sale por entre las pizarras del techo y ennegrece aún más la noche. Hay gritos. Y caos.

Todo es inútil: el incendio lanza flemas de ceniza y rescoldos. Entrar es imposible porque la temperatura derrite hasta las piedras. De pronto, un pedazo del terrado se hunde, la pequeña edificación, junto a la calle Plaza Vieja cruje como una viga que se parte, y de las tripas sale un resplandor que hace que los vecinos de Jabaloyas suelten los cubos porque entienden que todo esfuerzo por dominar el fuego es en vano.

Cuando amanezca, la campana de la Iglesia de La Asunción tocará a difuntos anunciando la desgracia. Pero esa madrugada lo que hay es agua, fuego y muerte.

La ermita de San Cristóbal está enclavada en lo más alto de la explanada del cerro, desde donde la vista, en días claros, es portentosa. La edificación es una planta rectangular, fabricados sus muros de mampostería corriente, con rústicos sillares en las esquinas. La entrada tiene una cubierta de teja árabe, que vierte a cuatro aguas. Con el acceso a los pies, posee una espadaña sobre la entrada, una torrecilla modesta, sin campana. El lugar es una casita de piedra donde no cabe más que un altar, que es un ara de granito. Uno de los muros tiene un pequeño ventanal¹ similar a un ojo de buey, con dos barrotes de forja. Por ahí no entra sino una luz batida que circunda el



templo y que lo ventila más mal que bien durante el día.

Dentro del santuario solo hay una claridad aleonada que oscila cuando el aire se cuela por la lumbrera y la puerta. La corriente sacude las velas y los cirios colocados en torno al pequeño altar. La devota Justina —de luto riguroso por la muerte de su marido veinte años atrás— apagará toda esa cera encendida antes de irse para evitar que haya una desgracia y el templo arda en mitad de la noche. La mujer está subida en una silla de madera, de rodillas. Cerca, sobre el pequeño ara, hay un balde lleno de agua con el que la anciana limpia el retablo. Hay silencio. Huele el aire a cera derretida, a incienso y también a sudor. Justina suele usar más el agua para la hornacina que para ella.

La vecina cumple su promesa desde que falleció su esposo: ir todos los martes y viernes a la ermita a limpiar desde las diez de la noche y hasta que den las doce. Son las once y media de una tibia noche de abril. A esa hora todo es umbrío sobre el suelo de hierba porque, además, el cielo barrunta tormenta. Sopla el viento que hace danzar las llamas. La pesada puerta de la ermita protesta con el vendaval. Justina teme que dé un portazo con el aire y se quede encerrada como don Benito, el párroco, que pasó la noche entera encarcelado en el templo hasta que por la mañana un pastor que pasaba por allí desatancó la entrada y lo ayudó a salir.

—Apúrate, Justina —dice la señora en voz alta con las manos húmedas.

La mujer se baja de la silla con cuidado, echa el trapo al cubo y se arrima a la ventana. Al asomarse amusga los ojos, pero solo distingue penumbras. Justina ve a veces la Procesión de las Brujas y a quienes se van de este mundo con ellas para unirse al desfile: ha visto más de una vez a las mujeres pasar por los caminos que circundan el cerro, o detenerse a la espera de algún fallecido para que se una a la comitiva. Se dice que las brujas acompañan a veces a las ánimas camino del purgatorio, pero nadie ha sido capaz de poder demostrarlo.

Justina puede ver esas cosas porque el párroco de aquel entonces se equivocó delante de la pila bautismal y puso a la recién nacida Justina los santos óleos².

La primera vez que fue testigo de la aparición acababa de enviudar. Era una medianoche de agosto, pero pareció que se había echado encima el invierno. A Justina se le helaron la nariz, los pies y las manos. Se callaron todas las criaturas del pueblo y le llegó el olor a cera caliente y

el sonido de una campanita. Entonces pasaron. Todas llevaban la misma túnica, marrón, con una capucha negra que no supo qué caras cubría porque dentro del capuz parecía que no había nada. Al desfilar a su lado pasaron de largo las brujas que iluminaban con las velas los recodos del camino y disipaban la niebla que lo envolvía todo lo mismo que si fuera un sudario o una mortaja. Después se alejaron las luces, el frío pasó, la niebla se fue con ellos y el sonido de la segundilla terminó por desaparecer.

—Otra vez, Antonio. Habla tú con él, porque lo que yo le digo por un oído le entra y por el otro le sale — Quiteria dice eso mientras echa con trabajo el cerrojo a la puerta de la casa.

—¡Miciano! —el padre llama a su hijo mientras intenta aparentar tranquilidad, pero lo cierto es que el enfado le enciende los carrillos y hace que sujete con fuerza los cubiertos que tiene en la mano mientras cena. —¿Otra vez las cartitas y las apuestas? —pregunta a su hijo.

Quiteria va a decir algo, pero el marido levanta la mano para indicarle que no interrumpa. La esposa guarda silencio y mira a su hijo. Tras él ve los restos del fogón que deja una hebra blanca de humo, y la hilera de azulejos de la cocina, que están rotos. La mujer recorre con la vista la grieta que afea la pared, pero después vuelve de su ensimismamiento.

—Padre. Es que estaba en racha...

—¡Te he dicho mil veces, y tu madre también, que no quiero que juegues a las cartas por dinero!

—Es dinero que se gana fácil —dice mirando alternativamente a su padre y a su madre.

—Escúchame bien: el dinero que entra aquí es dinero ganado honradamente: yo, deslomándome de sol a sol con las pieles y las agujas, y tu madre con la rodilla destrozada que casi no puede andar, quitándole las mierdas y sacando a pasear a la madre del amo de estas tierras. Y ese dinero que dices que se gana fácil, también se pierde.

—Don Benito dice que mientras no haga trampas, el dinero que se gana, es honrad...

—¡Ni honrado ni nada, Ticiano! ¡Que en menudo sinvergüenza has ido tú a fijarte!

—¡Antonio, por Dios! —interviene Quiteria.

Pero Antonio ha renunciado a seguir cenando. Ha soltado los cubiertos y echado hacia atrás la silla preso de la

1.- Licencia del autor.

2.- Elisardo B. Iglesias, en su obra *La Santa Compañía*, el Urco y los Muertos, explica que, según la tradición, tan solo ciertos "dotados" poseen la facultad de ver a la Santa Compañía, entre ellos, los niños a quienes, por error, el sacerdote ha bautizado usando el óleo de los difuntos (Nota del Autor).

ira. Luego ha soltado tal bufido que han temblado hasta los muebles.

—Don Benito es un borrachuzo desde que salió del seminario. Eso lo sabe hasta el Papa de Roma; se bebe el vino consagrado, el aguachinado de la taberna de Jimeno, y el agua bendita, me cago en todo. Y no se juega el copón al tute porque lo excomulgan, que vaya vicio con los naipes y el dominó.

Se santigua Quiteria con el rostro congestionado. Toda la vida junto a Antonio, desde mozos, pero no se acostumbra a semejantes desatinos. La señora murmura algún rezo breve y pregunta a su esposo si no va a querer más de lo que hay en el plato.

—No —contesta de mala gana, y después prosigue—: Bueno, Ticiano, no te lo repito más: que de vez en cuando te levantes a las tres de la mañana, como hoy, y ganes dinero por echar una mano a la tahona de Federico no quiere decir que tengas que malgastarlo. Una parte se queda aquí, como ya haces, y la otra te la gastas en tabaco o en algún vaso de vino, si quieres, que ya vas teniendo edad para eso, o en comprarte un chusco de pan de lo que te dé la gana en el colmado de Agripina. Pero de gastarte los dineros en el juego, ni hablar. No mientras duermas bajo este techo. ¿Estamos o no estamos? Si quieres dinero, trabaja más horas.

—Nadie se hizo rico trabajando, padre.

Antonio enarca las cejas, se cruza de brazos y deja escapar una risita que es más de indignación que otra cosa.

—Pero, a ver, hijo: ¿eres también filósofo ahora o son los credos de don Benito?

La voz de Antonio suena tan enérgica y decidida que su hijo pide disculpas y luego permiso para irse a su alcoba.

—Permiso concedido. Pero que yo no me entere de que vuelves a jugar por dinero ni a las cartas, ni al dominó, ni a nada. Toma un cigarro —le dice de malhumor—: a ver si cambias de vicios.

Atilano, contrariado por la retahíla del padre, toma el cigarro encendido, se va para su alcoba y se deja caer en la cama, hasta que un sueño profundo y placentero lo invade.

Caen las primeras gotas de lluvia, pero lo hacen tan despacio que parecen dar de puntillas contra el suelo y las hojas de los árboles. Justina hace un mohín de fastidio porque recuerda que tiene algo de ropa en el cordel, en la puerta de su casa. La mujer va a apartarse del ventanuco y siente de repente un vaho frío que le congela la sangre. Con esfuerzo traga saliva. Por el camino que lleva a la ermita ve luces que se acercan. Le tranquiliza estar dentro de un templo. Allí podrá rezar apartada de la lumbrera, donde la Procesión de las Brujas no entra.

La vereda se ilumina, el campo calla y un frío que corta

la piel se apodera de Jabaloyas. No hay murmullos, ni ruido de pasos, solo un tintineo cadencioso y la presencia etérea, las túnicas marrones y las velas encendidas que aclaran la senda allá por donde la procesión pasa. Por un momento la mujer piensa en cerrar la ermita. Ha llegado a girarse instintivamente hacia la entrada. Es entonces cuando ve a las tres brujas de pie, delante de la puerta de madera, aguardando. No puede distinguir quiénes son, claro, a pesar de que la aparición está a solo unos pocos metros de ella.

El cortejo se detiene cerca de la capilla, a la altura de las tres hechiceras que esperan fuera. Las velas del altar parecen pintadas, de tan quietas. En el exterior se incorpora una sombra extraña, caliginosa, contrarrestada por la cera de los cirios que portan las brujas; parece un joven. Los tres cuerpos encapuchados se dan la vuelta para unirse a la procesión con el muchacho que reanuda la marcha para alejarse sin atravesar el pueblo, sino tomando el camino por el que han venido.

Justina, a la que parece que se le ha olvidado respirar, suelta un largo suspiro de alivio. La gelidez desaparece, la luz es la de siempre a esas horas. A lo lejos escucha voces. Despacio, con las rodillas doloridas, Justina sale de la capilla y ve a la derecha una claridad ambarina que ilumina la noche. Hay también una humareda que renegrea el cielo y lascas que se elevan volando como luciérnagas gigantes entre las gotas de la llovizna. Hasta allí le llega el olor a quemado que viene del pueblo.

Un vecino pasa despacio por delante de Justina. Trae los ojos llorosos por el humo y la cara con tiznes. Arrastra los pies y se le ve agotado. La mujer va a preguntar qué ha ocurrido, pero el hombre resopla y le habla como si le acabara de leer el pensamiento:

—La casa de Antonio, el curtidor, Justina. Ha ardido por los cuatro costados. Imagínese, con las pieles y las cosas del taller. Como una pira se ha quemado. De milagro se ha salvado el matrimonio. Por Miciano, el muchacho, no se ha podido hacer nada. Parece que todo ha empezado en su alcoba —dice. Después el hombre solloza y reinicia la marcha.

Justina se queda sola y sobrecogida. Luego se da la vuelta, va al altar y apaga bien todas las velas antes de cerrar la puerta y marcharse de la ermita con su caminar renqueante. Ella ya no puede distinguirlo, pero lejos, al final de la vereda que se aleja de Jabaloyas, se pierden, entre la lluvia que arrecia, las últimas luces de la Procesión de las Brujas. En mitad de la comitiva ella lo ha visto con sus propios ojos un poco antes: va el ánima del muchacho que acaba de morir en el pueblo. ❁



El bastidor de Circe

Elisa Garrido Moreno, tercer premio

El sol de la tarde caía oblicuo sobre el patio donde ella bordaba, sentada en una silla de mimbre que había heredado de su madre. Ella la había heredado de su abuela y esta, quizá, de su bisabuela. Ya no recordaba el nombre de aquella. En aquel tiempo en el que la memoria solo se transmitía con la voz, era difícil ordenar los pensamientos del pasado y traerlos al presente con todas las letras. Sobre su regazo se extendía un paño de lino en tono ocre, mientras el hilo avanzaba con la obstinación de una raíz que busca atarse a la tierra. Había aprendido a bordar flores antes de que ella misma tuviera memoria. El dibujo tejido iba tomando forma muy lentamente, como si la flor que emergía de la tela todavía no estuviera preparada para ser descubierta. Oyó un crujido y vio cómo su nieta la observaba desde el umbral, inmóvil, como si temiera interrumpir aquel ritual. Ambas habían crecido viendo bordar a las mujeres de la familia, pero la pequeña todavía no había comprendido del todo la gravedad de aquel gesto. Sabía que no se trataba de un pasatiempo, ni de un adorno, ni de un tiempo perdido. Había algo más profundo, más silencioso, más peligroso incluso, en aquella manera en que la aguja atravesaba el lino, en la forma en que el hilo se tensaba entre aquellos dedos ya huesudos pero cálidos. Una flor no debía bordarse a la ligera.

Sobre ellas, una gran puerta de piedra estaba coronada por la figura de una sirena que parecía mirarlas con los ojos huecos. Nadie sabía exactamente qué significaba la expresión de aquella escultura con forma de mujer-pez que alguien había tallado allí tiempo atrás. La leyenda contaba que la sirena procedía de un mar que había inundado los barrancos hace millones de años, dejando largas sendas de coral fosilizado, cuando aquello no era un pueblo, sino un torrente sumergido en aguas cálidas donde crecía un arrecife. En aquel tiempo remoto, antes de que la tierra se alzara y el agua retrocediera, las sirenas poblaban los valles inundados, deslizándose entre los bosques submarinos como guardianas de un mundo que aún no conocía la palabra frontera. Cuando el mar se retiró y las montañas quedaron expuestas al viento, las sirenas se marcharon, pero no sin antes transmitir a algunas mujeres terrenales los secretos de la naturaleza que ellas habían conservado. Era una historia en susurros, transmitida entre abuelas, madres, hijas y nietas. Habían aprendido a escuchar la voz de las plantas, a distinguir

entre las flores que curan y las que protegen, entre las que dan vida y las que la detienen.

La niña se acercó un poco más, atraída por el brillo tenue del hilo. Ella ya sabía, porque lo había escuchado en murmullos, que una antepasada suya había ayudado a otras a cambiar su destino, en tiempos en que la medicina oficial apenas se aventuraba más allá de los umbrales de las casas. Solía imaginar a aquella mujer recorriendo los caminos de noche, llevando en su cesta las hierbas que calmaban el dolor, las que devolvían el aliento y también aquellas otras que ayudaban a las mujeres cuando el cuerpo necesitaba corregir un destino que no había elegido. Por ese saber que ofrecía **cuando nadie más podía hacerlo**, la acusaron de brujería, como si el simple hecho de conocer la voluntad secreta de las plantas fuera una amenaza para el orden que se pretendía imponer.

Mientras recordaba aquella vieja leyenda familiar, observaba detenidamente la flor que su abuela bordaba: tenía pétalos alargados y un centro oscuro, casi negro, como un ojo que observa desde el interior del tejido. Pensó entonces en aquellas telas bordadas que siempre habían adornado los distintos rincones de su casa. Reconocía, de pronto, el borde dentado del poleo, la geometría de la ruda, la silueta de artemisas y belladonas, bordadas con esmero entre las flores de romero, brezo y lavanda que crecían en los montes cercanos. Entonces lo comprendió. Aquellas flores y plantas dibujadas con hilo formaban parte de un gran libro cifrado, un inventario de saberes que se había preservado durante generaciones, ocultando en cada puntada el recuerdo de las plantas que curaban los males del cuerpo y del alma, y también de aquellas otras que solo se mencionaban en susurros, como si nombrarlas en voz alta pudiera despertar antiguas acusaciones.

Mientras la anciana avanzaba con la aguja, la pequeña veía que aquella flor bordada comenzaba a desplegarse en el paño como un recuerdo que vuelve desde algún tiempo pasado. No era una flor cualquiera. Era una de esas que no aparecía en ningún libro, no se enseñaba en ninguna escuela y no se pronunciaba en público. Su abuela siempre hablaba de las plantas como si fueran criaturas vivas que contaban historias, alimentaban los cuerpos y curaban el alma. Cada vez que lo hacía, la cocina se llenaba de un olor a tierra húmeda y hierba recién cortada. Decía que aquellas a quienes llamaban brujas

habían aprendido a escuchar a las raíces y a los pájaros, y que ese conocimiento había pasado de mano en mano, de generación en generación, como un hilo secreto que nunca debía romperse. Mencionaba a Circe con la misma naturalidad con la que hablaba de una persona íntimamente conocida: la describía inclinada sobre sus hierbas, reconociendo en cada hoja un poder distinto, capaz de transformar cuerpos y voluntades. Decía que había enseñado a las mujeres a caminar entre sombras sin perderse. Y también contaba historias de muchas otras, las que la historia llamó brujas porque no supo nombrarlas de otro modo: curanderas que conocían el veneno y el remedio, parteras que sabían cuándo una vida quería quedarse y cuándo no, mujeres que guardaban en la memoria el mapa vegetal de su tierra. Para su abuela, todas ellas formaban una misma estirpe, un linaje de perseguidas, y cada planta que nombraba era una puerta hacia ese mundo de secretos que solo florecían en manos de quienes estaban destinadas a comprenderlos. Las mujeres de su familia conocían las plantas más utilizadas por todas ellas y, precisamente, las llamaban «las hierbas de Circe». Habían aprendido a bordarlas para recordar la forma de cada pétalo y cada hoja, para transmitir sin ser descubiertas, para conservar su conocimiento sin levantar sospechas.

La niña vio cómo su abuela terminaba la flor y cortaba el hilo con un gesto lento. Tomó el bastidor entre sus manos y sintió un leve temblor. El paño de lino parecía

más pesado ahora. Al coger la tela, se dio cuenta de que aquella planta, bordada con extremo detalle puntada a puntada, formaba parte de algo más grande. Bordado a bordado, las mujeres de su familia habían creado su propio herbario, donde se revelaba un conocimiento escondido en rincones donde nadie se detenía a mirar: manteles, sábanas, pañuelos y cortinas que colgaban de las paredes como jardines suspendidos. Cada generación añadía nuevas flores, nuevas combinaciones, nuevas recetas, nuevos remedios.

Sabían que pronto vendrían tiempos difíciles. Se oían rumores en el pueblo, palabras dichas en voz baja, miradas que se desviaban cuando pasaban. Se hablaba de orden, de control, de leyes nuevas que regularían lo que algunos definían como «la moral del valle». Pero las flores seguirían creciendo en los márgenes del camino; discretas pero indestructibles. En aquel gran herbario bordado, disfrazado de inofensiva tradición doméstica, cada planta perduraría como un mensaje cifrado, una ciencia, un refugio para transmitir sin ser descubiertas, para ayudarse unas a otras. Nadie más podría descifrarlo.

Ambas entraron en casa y guardaron la aguja y los hilos en un cajón de madera oscurecida, donde también había algunas telas suavizadas por el tiempo como hojas prensadas. Aquel poderoso jardín secreto estaba destinado a sobrevivir durante siglos, allí donde la memoria escrita no podía hacerlo.

Ahora, era su turno. 🌹





Comarca de la
Sierra de Albarracín